

AL COLEGA Y AMIGO JAIRO ALARCÓN ARTEAGA



Estas palabras ya no son para Jairo, las que eran para él las dije en su oficina en nuestro último encuentro en junio de este año. Ni él ni yo supimos que iban a ser las que cerraran un largo diálogo vital que comenzó en 1976. Ese diálogo se inició, justamente, el día que comenzamos nuestra vinculación como docentes a la Universidad de Antioquia. Sin esa circunstancia accidental el diálogo nunca se hubiera encendido.

Los homenajes de despedida resuelven para los sobrevivientes lo irremediable de las ausencias, al hacer públicas las emociones íntimas de un orador o un escritor a quien los demás se sumarán en coro. Por el papel que jugó la Universidad en nuestra amistad resultó elegido para exponer lo que significó la presencia de Jairo en diversos ámbitos de la vida común que en ella se produce.

Hay muchas obras materiales que han servido como punto de comparación para exponer la relación que se produce entre los individuos y las instituciones. Las catedrales, por la mediación de sentido de la religiosidad, han sido repetidamente mencionadas. Jairo no fue un edificador de grandes catedrales sino un operario laborioso e infatigable que diseñó y dispuso varias estancias interiores y con ello hizo más habitable la totalidad.

Aportó al Instituto de Filosofía la instauración de las lecciones inaugurales de los semestres académicos y la proyección de la filosofía hacia la ciudad en las Lecciones de Noviembre. Le dio visibilidad en la comunidad filosófica al trabajo reflexivo que se realizaba internamente al crear la revista *Estudios de Filosofía* y dirigirla durante su primer periodo.

Participó intensamente en las actividades gremiales como coordinador del claustro de profesores del Instituto de Filosofía y en cuanto tal fue nuestro representante casi vitalicio en los ateneos de la Asociación de Profesores. En esa misma dimensión, fue durante muchos años representante de los profesores ante el Consejo de Instituto y en muchas ocasiones se encargó de la redacción final de nuestros comunicados.

Fue miembro del Comité Editorial de la Revista *Universidad de Antioquia* y vivió intensamente los logros y las dificultades que

marcan la vida de las publicaciones cuando se debe decidir sobre los textos que se proponen. En vez de asumir la tarea como una labor rutinaria que no produce emociones, en muchos casos se angustiaba al considerar que se estaba cometiendo un error o una injusticia y buscaba remediarlos cuanto antes.

Más allá de lo que ya he enunciado, que podríamos considerar situaciones puntuales por estar circunscritas a un ámbito bien delimitado, fue un profesor comprometido con sus estudiantes más allá de una acción restringida a la transmisión de contenidos académicos. Aunque tenía una gran erudición, lo más significativo de su trabajo docente fue la orientación humanista de su acción y su compromiso con una formación que trascendiera los datos y permitiera el desarrollo personal según las propias elecciones. Fue en ese papel un amigo y un confidente inolvidable para muchos de sus estudiantes. Muchos recuerdan un pequeño gesto que simbolizaba ese compromiso: en las ceremonias de graduación elegía repetidamente encargarse de entregar a los graduandos el escudo de la universidad.

Fue un gran amigo de muchos colegas con rasgos personales e intereses muy distintos, esta amplitud de su capacidad de compartir se puso de presente muy claramente en la ceremonia de despedida institucional al revelar los contenidos tan diversos de su amistad. Y esta amistad con Jairo generaba un vínculo transitivo que gradualmente nos fue haciendo amigos a través del amigo común.

Estas palabras, que resultan ser un homenaje minimalista al colega y al amigo, aspiran a reforzar y expandir su lugar en nuestras memorias y en la memoria institucional de la Universidad de Antioquia, como una nueva corporalidad que lo prolongue en el tiempo. ■

Jorge Antonio Mejía Escobar (Colombia)
Director Instituto de Filosofía